

LIBROS

«Libro de Manuel»

Tres escritores hispanoamericanos, refiriéndose a la narrativa de Cortázar anterior a este *Libro de Manuel* (1), coinciden en señalar como su característica básica el sentimiento de una realidad errada. David Viñas, Juan Carlos Curutchet y Julio Ortega vendrían también a darle la razón al colombiano Oscar Collazos, quien señala que en *Rayuela* «la realidad es presentada como una escisión de la insuficiencia», proceso que culminaría en *62/modelo para armar*, donde «el lenguaje engendra su propio contenido». Este proyecto de concepción absoluta del lenguaje vendría a ser, pues, la meta de la obra literaria del argentino (por más que de origen belga y pasaporte francés) Julio Cortázar.

No es de extrañar, entonces, que parte de la crítica española (la otra parte parece empeñada en demostrar que no ha leído nada posterior a Menéndez y Pelayo, y a fe que lo consigue) se haya sentido cuando menos decepcionada ante la aparición de una novela como *Libro de Manuel*. De buen principio, Cortázar deja las cosas claras: «Manuel sabrá encontrar a sus amigos entre los que leen porque viven, y no entre los que viven porque leen». Una declaración de principios categórica, ciertamente, pero lógica si tenemos en cuenta que el escritor es hijo de su tiempo y que, por lo tanto, la obra literaria de Cortázar es la obra de un hombre concreto, que vive y sufre con mayor o menor lucidez e intensidad los problemas de todo tipo del mundo que le rodea y le da una razón de ser. Y si hasta ahora la preocupación fundamental de este escritor parecía concretarse en la

incorporación de nuevos códigos expresivos (Cortázar y el firmante dejan a los estructuralistas la tarea de hallar el vocabulario preciso), sin el «menor apuro» ante la posibilidad de que los lectores tardaran o no lograran nunca asimilarlos, ya que «vivía al margen de lo histórico y sólo le interesaba una ontología, una búsqueda antropológica sin tiempo», con *Libro de Manuel* las intenciones sufren una modificación esencial. No se trata ya de ir «hasta el límite en materia de escritura». Manuel no puede esperar, «desgraciadamente, y en ese adverbio se descarga mi tristeza y mi resignación, el precio que debo pagar por algo que apunta a otras cosas en el pasado; pero la alegría de pagarlo está también aquí, en el presente de estas páginas, y hoy me basta y me sobra».

Manuel, protagonista omnipresente de la novela, por más que no pronuncie una sola palabra a lo largo de la misma y su acción se limite a la dictada por el instinto, es un niño de pañales que actúa como catalizador del grupo de sudamericanos residentes en París (recordemos *Rayuela*, y no sólo por este motivo se produce frecuentemente la recurrencia a la anterior obra maestra de Cortázar) cuyas actividades proporeionan el cañamazo argumental a la novela. El «libro» lo componen los recortes de periódicos que el grupo recoge para que en su momento, Manuel pueda leerlos y acceder sin demoras, al conocimiento de la realidad. Una especie de catecismo con las preguntas y las respuestas implícitas. El «libro» es, al propio tiempo, la misma novela a la que dichos recortes quedan incorporados como recurso estilístico, pero también, sobre todo, como recordatorio para que el lector no pueda ignorar el sentido último de lo que está leyendo.

En contra de lo que a primera vista parece, Cortázar ha elegido con esta novela un nuevo camino, un camino mucho más difícil que los transitados anteriormente por él. No se trataba sin más del «más difícil todavía» circense tras sus dos novelas anteriores (*Rayuela* y *62*), añadiendo a la dificultad propia de toda crea-

ción lingüística la dificultad de incorporar algunos aspectos de nuestra «desgarrada historia», sino, antes al contrario, de conseguir la convergencia de una invención de ficciones con una militancia ideológica. Y siendo esta militancia el elemento básico del producto literario resultante, es claro que aquella invención debía seguir una «horizontalidad» que se presentaba innecesaria en las obras anteriores. Con otras palabras, se trataba de obtener una eficacia sin renunciar por ello a ninguna de las «fatalidades» de un inventor de ficciones, que en el caso concreto de Cortázar son muchas y muy seductora la plasmación literaria que de las mismas había logrado hasta la fecha.

Así, *Libro de Manuel* se presenta como un nuevo argumento a invocar en la controversia planteada entre la literatura comprometida y la literatura pura. Pero, ¿un argumento a favor de quién? Es difícil saberlo. Para unos, la presencia abundante de elementos extraños a la mejor tradición de la literatura comprometida (según la clásica definición sartriana) anulará la eficacia de la pretendida militancia ideológica; para los otros, la indiscutible presencia de esta militancia (que Cortázar recalca en su prólogo a la novela, por si las moscas) lastrará hasta tal punto la «bondad» literaria de la obra, que ya no podrá llamarse en rigor tal. Un análisis sereno nos demostraría que la síntesis buscada por Cortázar entre lo que suele llamarse «fondo y forma, contenido y escritura», se realiza en la operación creadora que es la novela, «nacida sin presupuestos, organizada dentro de la misma inextricable fusión con que los hechos y el lenguaje se van dando juntos en cada instante de nuestra vida».

En realidad, Cortázar no acepta la diferenciación: todo escritor responsable —viene a decir— ha de intentar resolver, en el terreno que le es propio, el problema de hacer visible la presencia, como contenido total o parcial, de la «desgarrada» historia actual en una textura «literaria». En la medida que lo logre habremos de valorar sus cualidades. Y en tanto ese intento no se emprenda,



Julio Cortázar.

tendremos buenos o malos escritores y buenos o malos responsables. Si unos nos son más necesarios que los otros, es cuestión de la que no se trata ahora. Y para quien abrigue aún la duda de que los dos pueden fusionarse y manifestarse a través de la creación de una obra literaria, recomiendo —con toda la modestia necesaria— la lectura de *Libro de Manuel*.

Por supuesto, no es ésta la única cuestión que plantea y, en mi opinión, resuelve la última novela de Cortázar. La necesidad de dotar de un continente adecuado a un nuevo contenido, ha llevado al novelista a realizar un auténtico esfuerzo de estilo, poniendo en juego numerosos recursos, desde la misma creación de un lenguaje peculiar para todos y cada uno de los personajes del libro. La utilización del humor, de un singular sentido del humor que habría de servir como elemento distanciador entre acción y lector, evitando que éste cayera indefenso en poder de aquella. La inclusión de lo inverosímil y lo absurdo en episodios que de otro modo podrían caer en lo tópico. El «epatante» realismo con que se describen ciertas escenas de alcaza, cuya poetización, sin embargo, es clara. El ritmo alucinante de una prosa libre, rica, poderosa, imaginativa, como jamás la soñó academia alguna (en todo caso, fuera motivo de sus pesadillas; «gusto de es-

cribir cada día peor», viene a repetir el propio Cortázar). Incluso el chiste o la frase hecha («entonces, mi realidad es más falsa que la de un cura asturiano», «qué coño, piensa el animalito, que, naturalmente, es español», «frotándose el codo como un pulpo con urticaria»; etcétera), o las referencias culturales (uno de los personajes ha estado suscrito a «Sur» y parafrasea a Julián Marías), buscan no un fácil efecto paródico o hilarante, sino la vuelta a la conciencia de la trivialidad de lo que se narra, aun cuando en esa misma trivialidad esté en juego nuestra concepción de la vida y la muerte.

Pero volvamos a lo nuestro. En un pasaje especialmente significativo, dos de los personajes, el onanista Lonstein y «el que te dije», principal narrador-autor del «libro» y presunta encarnación literaria de Cortázar, discuten sobre el papel de la escritura: «siempre será cuestión de palabras en el fondo; en realidad, lo que vos pretendes es un mero cambio formal», dice Lonstein. A lo que responde «el que te dije»: «No, viejo, eso yo sabría hacerlo sin crear problemas; a vos te consta de sobra. La cosa está más acá, es buscar algo así como no darse cuenta cuando se pasa de un terreno a otro, y de eso no somos todavía capaces». Y añade luego: «A mí no me importa la escritura salvo como espejo de otra

cosa, de un plano desde el cual la verdadera revolución sería factible».

Julio Cortázar nos demuestra con *Libro de Manuel*, que la cuestión no está en ser capaz de colar garbanzos por el cuello de un búcaro a veinte pasos de distancia, y provocar así la admiración del Emperador y obtener sus hipotéticos favores; la cuestión está en ser capaz de aprovechar la distracción del Emperador ante el juego, para romperle el búcaro en plena mollera. ■ MARTÍN VILUMARA.

El movimiento obrero portugués: Una historia olvidada

La investigación histórica es uno de los aspectos en que aparece con mayor evidencia el desfase entre las proclamaciones externas de fraternidad y la realidad de una ignorancia recíproca, en buena medida sobreimpuesta a ambas colectividades. Fieles cumplidores de los supuestos precientíficos de una historiografía lastrada por los tópicos de los caracteres nacionales, los historiadores han asumido con frecuencia la delimitación espacial de sus trabajos por unas fronteras producto de los reajustes del siglo XIX. Así, por mediación de una eficaz actuación quirúrgica, colectividades integradas en un Estado nacional centralizado se han visto negado el derecho al reconocimiento de su personalidad histórica, en el sentido más literal borradas del mapa (con la correlativa posibilidad de una restauración nacionalista anclada en el mito), y vinculaciones anteriores han quedado eliminadas con no menor eficacia. La posición respectiva de Navarra, Portugal y Cataluña en programas clásicos de historia medieval podría ilustrar, en lo que toca a la Península Ibérica, la repetición de este proceso de adecuación de la historiografía y su docencia a las necesidades de un nacionalismo dominante des de nuestro siglo.

(1) Julio Cortázar: *Libro de Manuel*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1973. 386 páginas.